

CAPITULO XVI.

Copia de Carta del V. Padre, y lo que determinó en San Diego sobre la Expedicion.

» Viva Jesus, María y Joseph. = R. P. Lector, y Presidente Fr. Francisco Palou = Carísimo mio y mi Señor: Celebraré que V. R. se halle con salud, y trabajando con mucho consuelo y felicidad en el establecimiento de esa nueva Mision de Loreto y de las otras, y que quanto antes venga el refuerzo de nuevos Ministros, para que todo quede establecido en buen orden, para consuelo de todos. Yo, gracias á Dios, llegué antes de ayer, dia 1. de este mes á este Puerto de S. Diego, verdaderamente bello, y con razon famoso. Aqui alcancé á quantos habian salido primero que yo, asi por mar, como por tierra, menos los muertos. Aqui están los Compañeros Padres Crespi, Vizcaino, Parron, Gomez, y yo, todos buenos, gracias á Dios. Aqui estan los dos Barcos, y el S. Carlos sin Marineros, porque todos se han muerto del mal de loanda, y solo le há quedado uno y un Cocinero. En San Antonio, aliás el Principe, cuyo Capitan es D. Juan Perez, Paisano de la rivera de Palma, aunque salió un mes y medio despues, llegó acá veinte dias antes que el otro. Estando ya proximo á salir para Monterey, llegó San Carlos; y para socorrerle con su gente, esta se le infestó tambien, y se murieron ocho; y en fin, lo que han resuelto, es que dicho San Antonio se vuelva desde aquí á San Blas, y que traiga Marineros para él y para San Carlos, y despues irán los dos: Veremos el Paquepot San Joseph como llega, y si viene bien, el postrero será el primero que vaya.

» Han sido la ocasion del atraso de San Carlos dos cosas. La primera, que por el mal barrilage, de donde inopinadamente hallaron que se salia el agua, y de quatro barriles, no podian llenar uno; hubieron derepente de arribar

» á

» á tierra á hacerla, y la cogieron de mala parte y calidad, y por ella empezó á enfermar la gente. La segunda fué, que por el error en que estaban todos, asi S. Illmá. como los demás, de que este Puerto estaba en altura de 33 á 34 grados de Polo, pues de los Autores, unos dicen lo uno, y otros lo segundo, dió orden apretada al Capitan Vila, (y lo mismo al otro) que se enmarasen mar á dentro, hasta la altura de 34 grados, y despues recalasen en busca de dicho Puerto; y como este, *in rei veritate*, no está en mas altura que la de 32 grados y 34 minutos, segun la observacion que han hecho estos Señores, por tanto pasaron mucho mas arriba de este Puerto, y quando lo buscaron no lo hallaban: por eso se les hizo mas larga la navegacion; y como la gente ya enferma, se llegó mas al frio, y proseguian con la agua mala, vinieron á postrarse de manera, que si no encuentran tan breve con el Puerto, perecen todos, por que ya no podian echar la Lancha al mar para hacer agua, ni otra maniobra. El P. Fr. Fernando trabajó mucho con los enfermos, y aunque llegó flaco, no tuvo especial novedad, y ya está bueno; pero ya que salió con bien, no quiere que se vuelva á embarcar, y se queda gustoso acá.

» En esta ocasion escribo largo á S. Illmá. al Colegio, y á nuestro Padre Comisario general; y por eso estoy algo cansado, y si no fuera porque el Capitan Perez, viendome atareado, hace la entretenida, creo se habria ido, sin poder escribir de provecho. Por lo que toca á la caminata del Padre Fr. Juan Crespi, con el Capitan, me dice, que escribe á V. R. por este mismo Barco, y asi no tengo que decir. En quanto á mí, la caminata ha sido verdaderamente feliz, y sin especial quebranto ni novedad en la salud. Salí de la Frontera malísimo de pie y pierna; pero obró Dios, (esta expresion alude al medicamento del Arriero) y cada dia me fui aliviando, y siguiendo mis jornadas, como si tal mal tuviera. Al presente el pie queda todo limpio como el otro; pero desde los tobillos hasta media pierna está como antes estaba el pie, hecho una flaga; pero

» pero sin hinchazon, ni mas dolor, que la comezon que dá á ratos; en fin, no es cosa de cuidado.

» No he padecido hambre ni necesidad, ni la han padecido los Indios Neófitos que venian con nosotros, y así han llegado todos sanos y gordos. He hecho mi Diario, del que remitiré en primera ocasion un tanto á V. R. Las Misiones en el tramo que hemos visto, seran todas muy buenas, porque hay buena tierra, y buenos aguages, y ya no hay por acá, ni en mucho trecho atras, piedras ni espinas: cerros sí hay continuos y altísimos; pero de pura tierra: los caminos tienen de bueno y de malo, y mas de este segundo; pero no cosa mayor: desde medio camino, ó antes, empiezan á estar todos los Arroyos y Valles hechos unas Alamedas. Parras las hay buenas y gordas, y en algunas partes cargadísimas de ubas. En varios Arroyos del camino, y en el parage en que nos hallamos, á mas de las Parras, hay varias rosas de Castilla. En fin es buena, y muy distinta tierra de la de esa antigua California.

» De los días que van de 21 de Mayo, en que salimos de San Juan de Dios, segun escribí á V. R. hasta 1. de Julio que llegamos acá, quitados como ocho días, que entreveramente hemos dado de descanso á los animales, uno aqui, y otro acullá, todos los días hemos caminado; pero la mayor jornada ha sido de seis horas, y de estas solo ha habido dos, y las demás de quatro, ó quatro y media, de tres de dos, y de una y media, como cada día expresa el Diario, y eso á paso de requa; de lo que se infiere, que abilitados y enderezados los caminos, podrán ahorrar muchas leguas de rodeos escusados; no está esto muy lexos, y creo despues de dicha diligencia, podrá ser materia de unos doce días para los Padres, que los Soldados ahora mismo dicen, que irán á la ligera hasta la Frontera de Vellicatá en mucho menos.

» Gentilidad la hay inmensa, y todos los de esta contra-Costa (del Mar del Sur) por donde hemos venido, desde la Ensenada de todos Santos, que así la llaman los Mapas y

» Der-

» Derroteros) viven muy regalados con varias semillas, y con la pesca que hacen en sus balsas de tule, en forma de Canoas, con lo que entran muy adentro del mar y son afabilisimos, y todos los hombres chicos, y grandes, todos desnudos, y mugeres y niñas honestamente cubiertas, hasta las de pecho, se nos venian así en los caminos, como en los parages, nos trataban con tanta confianza, y paz, como si toda la vida nos hubieran conocido; y queriendoles dar cosa de comida, solian decir, que de aquello no, que lo que querian era ropa; y solo con cosa de este género, eran los cambalaches que hacian de su pescado con los Soldados y Arrieros: Por todo el camino se ven Liebres, Conexos, tal qual Venado, y muchisimos Verrendos.

» La Expedición de tierra, me dice el Señor Gobernador, la quiere proseguir juntamente con el Capitan de aqui á tres días, ó quatro, y aqui nos dexará (dice) ocho Soldados de Cuera de Escoita, y algunos Catalanes enfermos, para que si mejoran, sirvan. La Mision no se ha fundado; pero voy luego que salgan á dar mano á ello. Amigo, aqui me hallaba, quando me vino el Paisano Capitan diciendome, que ya no puede esperar mas, sin quedar mal, y así, concluyo con decir, que estos Padres se encomiendan mucho á V. R.; que quedamos buenos, y contentos; que me encomiendo al Padre Martinez, y demás Compañeros, á quienes tenia ánimo de escribir; pero no puedo, y lo haré en primera ocasion. Esta la incluyo al Padre Ramos, que el Paisano me dice que va á dar al Sur, para que la lea, y la remita á V. R. cuya vida y salud guarde Dios muchos años. De este Puerto y destinada nueva Mision de San Diego en la California Septentrional, y Julio 3 de 1769. = B. L. M. de V. R. su afectisimo Hermano y Siervo = Fr. Junipero Serra. »

Habiendo llegado al Puerto de San Diego el Paquebot S. Antonio, aliás el Príncipe, el dia 11 de Abril, y el S. Carlos veinte días despues, se juntó esta Expedicion marítima con la de tierra, cuyo primer trozo, mandado del Señor Capitan,

pitán, entró allí á 14 de Mayo; y el segundo del cargo del Señor Gobernador á 1. de Julio. En este lugar hicieron Junta ambos Señores Comandantes, para conferir, y determinar lo que debia executarse, respecto á la poca gente de Mar que existia viva y libre de aquel contagio en la Capitana, así de Tripulación, como de la Tropa que de la California habia venido; pues por esta razon no podian cumplirse ya las instrucciones que traían del Señor Visitador general. En atención á todo esto resolvió la expresada Junta que el Paquebot San Antonio, á cargo de su Capitan D. Juan Perez, con la Tripulación capaz de hacer viage, se regresase sin dilacion alguna al Puerto de San Blas, así para dar cuenta á la Capitana general, como para conducir la Tripulación que ambos Barcos necesitaban. Así lo executó saliendo el dia 9 de Julio, y despues de dias llegó á San Blas con muy poca gente, por habersele muerto en el camino nueve hombres, cuyos cadáveres hubo de echar al agua.

Asimismo se determinó que en el Hospital, en el Puerto de San Diego, quedasen todos los enfermos, así Soldados, como Marineros, con algunos de los que estaban sanos, para que los cuidasen, y el Cirujano Francés D. Pedro Prat: Que la Capitana San Carlos quedase fondeada, y en ella el Capitan Comandante D. Vicente Vila, el Pilotin con unos quatro ó cinco Marineros y convalecientes, y un muchacho, quedando de acuerdo que luego que llegase el tercer Paquebot San Joseph, se quedase fondeado con sola la gente muy precisa, para que pasando la restante á la Capitana, quedase esta habilitada, y caminase para Monterey, donde la esperaba la Expedicion de tierra, que habia de salir luego que se hiciese á la vela el Príncipe.

Dispúsose todo lo necesario de víveres y demas que se juzgó conveniente para un viage desconocido, y á juicio de todos dilatado. Los bastimentos y cargas de utensilios pertenecientes á Iglesia, casa y campo que habian conducido las Expediciones se dexaron en San Diego, quedando para su custodia ocho Soldados de Cuera.

En

En vista de lo determinado por la Junta de los citados Señores Comandantes, nombró nuestro V. P. Presidente, de los cinco Padres que se hallaban en San Diego, á Fr. Juan Crespi, y Fr. Francisco Gomez, para que fuesen con la Expedicion de tierra destinada á Monterey; y el V. Padre con los otros dos Fr. Juan Vizeaino, y Fr. Fernando Parron, se quedaron en San Diego, entretanto llegaba el Paquebot San Joseph, por tener determinado entonces el Siervo de Dios embarcarse en el primer Barco que subiese á Monterey.

Luego que se verificó la salida del Príncipe el dia 9 (como queda dicho) se determinó el dia en que habia de marchar la Expedicion de tierra, y fué señalado por el Señor Comandante el dia 14, en que se celebra al Serafico Doctor S. Buenaventura; y nombró para el viage á las sesenta y seis Personas siguientes: El Señor Gobernador D. Gaspar de Portalá, primer Comandante, con un Criado; los dos Padres ya referidos, y dos Indios Neófitos de la antigua California para su servicio; D. Fernando Rivera y Moncada, Capitan y segundo Comandante, con un Sargento y veinte y seis Soldados de su Compañia de cuera: D. Pedro Faxes, Teniente de la Compañia Franca de Cataluña, con los siete de sus Soldados que le habian quedado aptos para el viage, por habersele muerto muchos, y quedado los demás en San Diego enfermos; Don Miguel Constanzó, Ingeniero, siete Arrieros, y quince Indios Californos Neófitos para Gastadores, y ayudantes de Arrieros en los atajos de Mulas que conducian todos los bastimentos que se consideraron suficientes, á efecto de que no se experimentase hambre ni necesidad, segun los repetidos encargos del Señor Visitador general.

Hechas todas estas disposiciones, y despues de haber celebrado el Santo Sacrificio de la Misa todos los Padres al Santísimo Patriarca Señor San Joseph, como Patrono de las Expediciones, y al Serafico Dr. San Buenaventura (en cuyo dia se hallaban) salió la Expedicion de San Diego, tomando el rumbo al Noroeste, y á la vista del Mar Pacifico, cuya Costa tira al mismo viento. Fue la salida á las quatro de la

11.

tar-

tarde, y hubieron de parar despues de haber andado dos leguas y media. El curioso que quisiere saber de este viage, lo remito al Diario que por extenso formó el P. Fr. Juan Crespi en el mismo camino; tomando el trabajo, en las paradas, de escribir lo que habian andado cada dia, con las particularidades ocurridas; y no lo inserto en esta Relacion, por evitar tanta difusion, considerando esta tarea agena del V. Padre Junípero; y paso á referir lo que este practicó en San Diego, interin la Expedicion salia á explorar el Puerto de Monterey.

CAPITULO XVII.

Funda la segunda Mision de San Diego, y lo que sucedió en ella.

Aquel fervoroso zelo en que continuamente ardía y se abrasaba el corazon de nuestro V. P. Fr. Junípero, no le permitia olvidar el principal objeto de su venida; y él fue quien le obligó (á los dos dias de salida la Expedicion) á dar principio á la Doctrina de San Diego en el Puerto de este nombre, con que se conocia desde el año de 1603, y lo habia señalado el General Don Sebastian Vizcaino. Hizo la funcion del establecimiento con la Misa cantada y demas ceremonias de costumbre que quedan expresadas en el tratado de la fundacion de la de San Fernando, el dia 16 de Julio, en que los Españoles celebramos el Triunfo de la Santísima Cruz, esperando, en que así como en virtud de esta sagrada Señal lograron los Españoles en el propio dia, el año de 1212, aquella célebre Victoria de los Bárbaros Mahometanos, lograrian tambien, levantando el Estandarte de la Santa Cruz, ahuyentar á todo el infernal Ejército, y sujetar al suave yugo de nuestra Santa Fé la barbaridad de los Gentiles que habitaban esta nueva California; y mas implorando el Patronio de Maria Santísima, á quien en el mismo dia celebra la universal Iglesia, baxo el título del Monte Carmelo. Con esta fé

fé y zelo de la salvacion de las almas, levantó el V. P. Junípero el Estandarte de la Santa Cruz, fixándola en el sitio que le pareció mas propio para la formacion del Pueblo, y á la vista de aquel Puerto. Quedaron de Ministros, nuestro V. Padre y Fr. Fernando Parron; y con la poca gente que existia sana, en los ratos que no era preciso asistir á los enfermos, se fueron construyendo unas humildes Barracas; y habiendose dedicado una para Iglesia interina, se procuraron atraer alli con dádivas y afectuosas expresiones, á los Gentiles que se dexaban ver; pero como quiera que estos no entendian nuestro idioma, no atendian á otra cosa que á recibir lo que se les daba, como no fuese comida, porque esta de manera alguna quisieron probarla, de suerte, que si á algun muchacho se le ponía un pedazo de dulce en la boca, lo arrojaba luego como si fuese veneno. Desde luego atribuyeron la enfermedad de los nuestros á las comidas que ellos jamas habian visto: Esta fué, sin duda, singular providencia del altísimo; porque si como apreciaban la ropa, se hubieran aficionado de los comestibles, hubieran acabado, por hambre, con aquellos Españoles.

Siendo tan grande su aversion á nuestras comidas, no era menor el deseo con que ansiaban por la ropa, hasta pasar al hurto de quantas cosas podian de esta clase; llegando á tanto extremo, que ni en el Barco estaban seguras sus velas; pues habiendose arrimado una noche á él, con sus balsas de tule, los hallaron cortando un pedazo de una, y en otra ocasion un calabrote, para llevarselo. Esto dió motivo á poner á bordo la Centinela de dos Soldados (de los ocho de Cuera que habian quedado) y con este temor hubieron de contenerse; pero á la Mision se minoró la Escolta, y mas en los dias festivos, que era menester fuesen con el Padre que iba á celebrar Misa en el Barco, otros dos Soldados de resguardo, por si se verificaba algun insulto de los Gentiles.

Todo esto observaron ellos atentamente, ignorando la fuerza de las armas de fuego, y confiando en la multitud de gente que tenian, y en sus flechas y macanas de madera,

en